

## Introducción a la Filosofía de Jaspers \*

Por HONORIO DELGADO

La historia de la filosofía presenta dos aspectos del pensamiento especulativo: uno perenne y otro transitorio. El perenne es la finalidad esencial de la tarea, consistente en el empeño de desentrañar el ser y mantener viva en los espíritus la correspondiente disposición inquisitiva. La tarea es tanto más difícil cuanto que la filosofía, si bien utiliza toda suerte de información e incentivo, cualquiera que sea su procedencia, carece de puntos de vista fundamentales fuera de ella misma; no puede aplicarse medida alguna ajena a su dominio.

Respecto a lo transitorio o cambiante, aunque la filosofía en Occidente es un proceso único a través de las generaciones y las épocas, en cada una de éstas su contenido es más o menos nuevo y peculiar. Y esto es condición de vida para la filosofía, pues no es tal la que se repite: debe avanzar allende lo ya plasmado. El encaminamiento es promisorio para el verdadero investigador, aunque la meta sea inalcanzable y la tarea infinita.

Esto último no siempre lo aceptan los creadores y seguidores de sistemas filosóficos, que creen haber acertado con una interpretación definitiva de todo, la única verdadera. Aunque no hay concepciones acabadas de la realidad, los sistemas, parcial o totalmente contradictorios entre ellos, no pueden ser condenados como construcciones falsas. Un sistema filosófico es capaz de revelarnos su meollo y su fecundidad si logramos captar, a través del mundo de sus pensamientos, el movimiento íntimo del espíritu del filósofo en su ansia de verdad acerca de la esencia, la existencia y el valor del ser.

Jaspers opone al espíritu de sistema el filosofar vivo, tenso, abierto, inconcluso, sin pretensiones de evidencia ni sujeto a prueba demos-

---

\* El texto ha sido redactado conforme a la conferencia dada el 19 de noviembre de 1948.

trativa. Su reflexión se ejercita en un ahincado buscar posibilidades esenciales, sin jamás hallar el reposo de certidumbres incommovibles. Su esfuerzo especulativo alienta siempre en la experiencia del ser en suspenso, de la vivificación de la existencia concreta en movimiento, del espíritu en trance de actos de fe. Empero, en este filosofar no todo es tránsito permanente o exploración renovada. Jaspers, en su obra principal, *Philosophie*, expone sus ideas siguiendo una disposición ordenada según tres grandes direcciones: orientación en el mundo, iluminación de la existencia y metafísica.

Aquí nos apartaremos parcialmente de este orden, así como del que seguimos en otra presentación que hemos hecho de la filosofía de Jaspers.\* Daremos mayor extensión a los puntos de vista más apropiados a una breve introducción general, considerando más el espíritu que la letra de ulteriores publicaciones del filósofo.\*\*

### 1. La ciencia y el hombre

La orientación en el mundo se basa en el conocimiento científico y aplica los métodos de la ciencia hasta donde son apropiados para lograr un saber valedero para todos. Pero el mundo no puede ser aprehendido en su totalidad por las ciencias. Estas sólo ofrecen al hombre resultados parciales, relativos, susceptibles de ser sustituidos por otros con el progreso de la investigación, cuyo camino no tiene fin. La unidad de las ciencias en una ciencia que integre los conocimientos de todas, es un sueño irrealizable, tanto por la imperfección y la finitud de las disciplinas científicas, cuanto por que el mundo no puede constituirse en "un" objeto del conocimiento. En general, los puntos de vista respecto al mundo son infinitos y el hombre no es capaz de abarcarlos todos. La unidad, la totalidad del mundo es una idea, un mundo en el mundo. Necesitaríamos salir del mundo, no estar en él, para poder considerarlo un objeto.

El conocimiento científico de las cosas del mundo no constituye conocimiento del ser, sino de manifestaciones o fenómenos determinados. La suma de las posibilidades de captación de los fenómenos nunca es completiva. De modo que las pretendidas unidades o totalidades de la síntesis científica son sólo ficciones en el campo de lo explicable.

\* "La filosofía de la existencia según Karl Jaspers", en *Ecología, tiempo animico y existencia*, Buenos Aires, 1948.

\*\* *Philosophische Logik*, tomo I: *Von der Wahrheit*, München, 1947, y *Der philosophische Glaube*, München, 1948.

Pese a estas limitaciones del saber científico, el filósofo no sabrá prenderse a la realidad cuyo ser se afana en desentrañar si no está penetrado del alcance, el rigor y la limpieza de los métodos científicos, y si no está en condición de compartir la vida espiritual del investigador. Cuanto más colmada tiene la mente de experiencia teórica y práctica de la realidad, tanto mejor puede trascender al mundo, pues sin realidad concreta del mundo no hay trascendencia posible. Asimismo, sólo gracias a esa clase de experiencia el pensamiento filosófico podrá ejercitar con acierto la crítica del falso saber de toda clase.

En lo que respecta al conocimiento del hombre, la ciencia no está en mejores condiciones que para abarcar el mundo. Como objeto de conocimiento investigable por los procedimientos empíricos, no ofrece sino fenómenos. Todas las imágenes del hombre que debemos a las diversas disciplinas científicas y a las síntesis teóricas derivadas de ellas no logran aprehender al hombre mismo. En el mejor de los casos entrañan el conocimiento de una realidad fragmentaria por ser objetiva, nunca son un reflejo de la totalidad, aunque se pretenda incluir al hombre en totalidades. La comparación de tales imágenes y concepciones pone en evidencia las contradicciones insalvables existentes entre las mismas. Así, forzosamente, la investigación científica y la especulación semicientífica desintegran la realidad del hombre en factores, estructuras o elementos, por encima de los cuales la filosofía proyecta su esfuerzo esclarecedor.

## 2. *El hombre, ser descabal*

El hombre es siempre más de lo que sabe y puede saber de sí y de lo que nadie puede saber acerca de su ser. Ningún hombre es abaricable: su ser intrínseco es potencialmente insondable. Cada hombre y el hombre siempre ofrecen al conocimiento una realidad virginal, un fondo enigmático. De ahí que no podamos aprehenderlo como unidad, como ser cabal. Intimamente se manifiesta a sí como múltiples orígenes, y su ansia de unidad no logra acabarlos definitivamente. Somos posibilidad abierta, virtualidad inexhausta. A diferencia de los animales, cuyas manifestaciones están prefijadas en su ciclo vital, como en un callejón sin salida, el hombre es plástico, cargado de potencias originales. Viene al mundo con el alma empapada aún de las aguas madres del caos. Con esta imagen queremos expresar el significado positivo del caos, como potencialidad primigenia, como fuente de todo gérmen y fundamento y materia de todo orden.

La riqueza de disposiciones promete mucho al hombre, pero toda diferenciación, todo despliegue parcial, toda especialización fatalmente lo empobrecen: impiden que sea hombre enterizo. Las consecuencias son peores si configura su existencia persiguiendo fines inadecuados a sus efectivas posibilidades. El riesgo es tanto mayor cuanto que cada vida es dificultad y lucha en todos los aspectos de su manifestación real, frente a la naturaleza, frente a la sociedad, frente a la cultura y dentro de sí mismo. Por doquier su existir encuentra barreras insalvables, su pensamiento antítesis, su espíritu nieblas. A la libre derecho del ser humano se le oponen resistencias incontables, debidas a las predisposiciones personales negativas, a la economía del esfuerzo, la comodidad de lo habitual, la incertidumbre del dictamen, la seducción de lo placentero, los exclusivismos del corazón.

Ciertamente, a cada paso el hombre certifica su finitud, pero también su insaciable aspiración. Se dirige hacia algo que no es él mismo, y en sí no se contenta con las apariencias del espontáneo y cotidiano vivirse a sí mismo. Busca lo intrínseco dentro y fuera de sí, pues está cierto de su propio ser, se siente capaz de esclarecerse y de trascender de sí. Algo le dice obscuramente que no todo es imagen y puro pensamiento; que lo otro es, lo infinito es, que Dios es. Con esto, su finitud encuentra sosiego en la fe, que transfigura y eleva a la existencia. Así, la aprehensión de la propia entidad lleva consigo la búsqueda de la raíz de la misma allende lo finito. En este avanzar, apurando posibilidades y eliminando ilusiones, el espíritu se concentra y depura de modo que la incandescencia de lo finito ilumina lo infinito.

### SOCIEDAD PERUANA DE FILOSOFÍA

### **3. Situación, límite, historicidad**

El hombre se halla continuamente en situaciones empíricamente dadas, que condicionan, limitan y relativizan su concepción del mundo y de la existencia. Su espontaneidad, sus posibilidades de acción en el mundo y de conducción de su propia vida, encuentran en las situaciones, ora incentivos y materia adecuada a su determinación, ora dificultades, obstáculos o radical contrariedad.

Las situaciones no consisten sólo en la realidad circunstancial externa, del mundo, sino en la íntima disposición —genérica o modal— del ser humano. Jaspers llama situaciones límite precisamente a aquellas que dependen de manera directa de la condición perenne y propia del hombre: luchar y sufrir, ser responsable de las faltas cometidas, estar amenazado de morir. Son realidades inmediatas, definitivas, irre-

vocables de la existencia. El filósofo no logra explicarlas ni desvirtuarlas, pero sí es capaz de encararlas con plena decisión y de esclarecer la significación de su influencia y sus proyecciones en el destino personal.

La existencia define su perfil gracias a los límites en general, y no sólo de manera pasiva, acomodándose a ellos. Así, para la experiencia filosófica el límite es reverbero y acicate: ante él lo intrínseco de la propia entidad del filósofo deja de ser inmanente. La reverberación del límite tiene consecuencias diferentes según que sea objetivo o subjetivo. Mientras que el conocimiento choca con límites en todos los campos de la realidad objetiva, que le cierran el camino, el conocimiento de nosotros mismos choca con límites en los cuales nos es posible acertar con una realidad primaria, virginal, a la que no llega el pensamiento sistemático. Sin embargo, con la experiencia de los conceptos-límite —como "cosa en sí", por ejemplo—, el espíritu profundiza lo substancial del pensamiento y la existencia se remonta a los orígenes o fuentes vivas de su libertad.

A la angostura de las situaciones y los límites se agrega una tercera condición inherente al encaminamiento de la existencia: la historicidad. El fluir del tiempo es para el hombre, o peligro de dispersar su ser en lo transitorio, en la finitud de instantes sucesivos, o posibilidad fecunda de despertar y plasmar su realidad profunda: conducción histórica de una alma que se esclarece y concentra.

En la condición determinada y peculiar en que se despliega mi existir, las manifestaciones de la realidad tienen sentido para mí, y el curso de mi vida es ascendente, si acepto plenamente mi destino y me adueño de esa condición del mismo, y no lo traiciono entregándome al cultivo de desorbitados anhelos o de mundos fabulosos que la imaginación se empeña en oponer a lo factible. Positiva historicidad es la concordancia del ser mismo con las manifestaciones concretas de su vida.

En general, nuestra articulación en el proceso del acontecer histórico logra sentido existencial sólo cuando en el tiempo se decide la vida temporal salvando del relativismo, de la circunstancialidad, lo auténtico y jugoso de nuestro ser en devenir. Así, permanecemos fieles al pasado, cuyos resplandores conservarán el prestigio anexo al grado de elevación que pusimos en vivirlo; nos dirigimos al porvenir con el alma abierta a la posibilidad y a la sorpresa, ciertos de que lo que ha de ser escape a toda previsión; tomamos posesión del presente con el ejercicio de nuestra libertad, recibiendo y transfigurando los dones —los presentes— que nos ofrece la suerte. Así también, la eternidad

será efectiva como hondura a la vez del tiempo y de mí mismo, no como intemporalidad abstracta, ni como duración en todos los tiempos. "La eternidad está en el tiempo si actuó incondicionalmente, si amo incondicionalmente".

#### 4. *Asir, existencia posible, ansia de unidad*

Jaspers llama asir (*das Umgreifende*) al ser que no es sólo sujeto ni sólo objeto, y sí ambos en la escisión-de-sujeto-objeto. Es el ser en sí, del cual estamos rodeados, y el ser que somos. Por tanto, no tiene nada que ver con el asir la operación por virtud de la cual nuestra mente se enfrenta con los objetos y trata de conocerlos. Aparte del ejercicio de esta clase de operación hay otras posibilidades de que nuestra mente se relacione con la realidad. Nuestro pensamiento puede hacer algo más que actos objetivantes, algo más que elaboración de conocimientos y multiplicación del saber. El asir nos enseña a captar el sentido y la posible aplicación existencial del discernimiento de objetos y nociones, actualizándose en los límites del saber sistemático, allende las categorías, a través de toda determinación ontológica. Se empeña en profundizar los datos adquiridos por ese saber, yendo más allá de su campo, a la existencia posible. Lo cognoscible es para el asir, sea materia prima de posibilidades del ser, sea perspectiva de fenómenos de fondo, que trata de hacer transparentes a su penetración; en ningún caso es reelaboración conceptual. El asir que somos comprende la vida, la conciencia en general, el espíritu — razón y existencia. En esta clase de asir pueden considerarse los conceptos objetivos, pero no son el asir, cuyo ámbito, si se ilumina, permite un vuelo inquisitivo, una profundización de lo que somos, no propiamente un saber acerca de eso. Los modos del asir no tienen por qué coincidir entre ellos, entran más bien en fricción, en conflicto. Respecto al asir que es, por oposición al asir que somos, comprende al ser en sí, cuya significación para la existencia he indicado más arriba.

El asir no nos revela el ser mismo, aunque nos pone en el camino apropiado para intentar la aventura de su descubrimiento, llevándonos más allá del dominio de la mera verificación de los hechos empíricos y de las objetivaciones de la vida, de la conciencia, del espíritu. Gracias a eso el filósofo puede entrever la originalidad del ser del hombre como existencia posible. Nos certifican la existencia posible determinadas experiencias íntimas: la conciencia de lo incondicional, la obscura reminiscencia del origen, la vislumbre de la inmortalidad, el ansia de unidad.

La conciencia de lo incondicional nos da la certidumbre que la existencia tiene del ser, fuera de la conciencia empírica y de toda aprehensión de relaciones objetivas. El ejercicio de la investigación filosófica en la orientación en el mundo, que me enriquece con nociones y procedimientos rigurosos para la aprehensión de lo cognoscible, nunca me permite desentrañar el ser. Pero al chocar con los límites del conocimiento asequible, mi esfuerzo inquisitivo no aborta en mero fracaso, sino que descubre indicios de lo absoluto: la reverberación del límite ilumina la virtualidad intrínseca.

Otro indicio revelador de la existencia posible es la oscura reminiscencia del origen, consistente en una especie de nostalgia de una condición primera, como si nuestra alma hubiese sido testigo de la creación. Desde Platón se viene considerando e interpretando este confuso conato de reversión. Con él se relaciona, como complemento, la vislumbre de inmortalidad. Uno y otra justifican, respectivamente, las dos grandes preguntas que se hace en el fondo de su alma todo hombre ante el misterio de su origen y su destinación: ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Vislumbramos la inmortalidad en la experiencia del tiempo como participación en la eternidad, que nos preserva de la nada anexa al fenecimiento de los instantes; la vislumbramos también en la pura experiencia metafísica del *sér*, como realidad primera dada para siempre, del *sér* que es por modo absoluto; por último, vislumbramos la inmortalidad, nuestra inmortalidad, como la suprema posibilidad de la existencia, en el anhelo de salvación, que se nos presenta como irreductible a mera fuga de las dificultades y estrecheces transitorias.

El hombre, ser complejo, descabal, inarmónico y psicomáquico, tiene ansia de unidad, ansia que es anhelo, inquietud, congoja y también posibilidad de trabajo interior y de revelación de sí mismo. El ansia de unidad —tanto o más que los otros indicios de la existencia posible— incita al hombre a abismarse en lo intrínseco, no directamente con el afán de alcanzar una síntesis conceptual de sí, sino en un movimiento de introversión acuciosa de positivo ser, de presencia incondicional. Nuestra condición objetiva, nuestra vida, nuestro yo, nuestro mundo, nuestro saber nos producen honda insatisfacción. En cuanto reflexionamos filosóficamente, estamos penetrados de que tanto nuestra falta de unidad cuanto la verificación de los fenómenos y la elaboración de los mismos efectuada por nuestra mente, no son lo esencial; aunque sean lo más asequible a la experiencia de nuestro existir, no son nuestra existencia misma.

### 5. *Comunicación y existencias*

La existencia es existencia no tanto por la tensión y las posibilidades que le son inherentes, cuanto por que tal tensión y tales posibilidades en vez de encerrarse en sí mismas se vuelven, se enderezan hacia el mundo, hacia las otras existencias o seres existentes y hacia lo que está por encima del mundo y las existencias. Esta es una nueva forma de la dilogía propia del filosofar jaspersiano: la existencia es mi existencia y sin embargo no existo si no me relaciono con otras existencias, si no me comunico con otras personas. Semejante multiplicidad y conexión de existencias no significa, empero, que la existencia se constituya por virtud de la agregación de las existencias, de la misma suerte que el mundo no es la suma de las objetividades, ni el hombre la síntesis de los aspectos finitos de su ser. Con las existencias ocurre algo en parte semejante a lo que sucede con las mónadas de Leibniz: cada una es un mundo con todas sus posibilidades; pero, a diferencia de las mónadas, las existencias se comunican: para cerciorarse cada una de sí misma necesita cerciorarse de la existencia ajena. Aquí también chocamos con límites y contradicciones insalvables, reveladoras de que por doquier nos hallamos frente a lo arcano. En este caso la arcanidad está en que cada existencia es única, peculiar y no obstante es la existencia absoluta. De todos modos, se impone al espíritu la certidumbre de que los hombres son no sólo semejantes, en el sentido más fundamental, sino prójimos, próximos. Pues sólo en virtud de tal semejanza y de tal proximidad la comunicación puede ser reveladora y fecunda entre existencia posible y existencia posible. Así la comunicación adquiere el tono supracotidiano de un apelar de alma a alma, tono de diálogo elevado en que discuten y se concilian un yo y un tú, cada uno de los cuales es más que vida, conciencia y espíritu subjetivos, si a ambos inquieta el ansia de infinito, a la vez entrañable y compartida, el mismo esfuerzo inquiridor.

Gracias a la comunicación la verdad existencial aparece con su singularidad frente a otras verdades existenciales y frente a la supuesta verdad general. La comunicación no es capaz de poner la verdad de una existencia al alcance de otras existencias, pues es inefable; permite solamente entreverla. Es eficaz para mi verdad existencial porque me permite esclarecerla, a la vez que enriquecer y precisar mi mundo de ideas y conocimientos. Por otra parte, no es tan contradictorio como parece lo absoluto de cada verdad existencial y lo relativo de la misma para otras existencias, pues en cada caso, la verdad es absoluta

sólo en la existencia, y relativa en su objetivación en forma de conceptos y proposiciones formulados. Las dificultades y enigmas propios de esta discordancia son otros tantos acicates para la empresa metafísica, lo mismo que la cuestión del nexo que hay entre el conocimiento, que sólo avanza en terreno firme gracias a que determina objetos) y la verdad existencial, que deja de ser tal —visión inmediata del ser mismo— apenas se pretende encuadrarla con el pensamiento sistemático.

### 6. Libertad y fe filosófica

El hecho es que la reflexión filosófica no se agota con la dilucidación de los conceptos generales; no consiste sólo en operaciones racionales del entendimiento, sino que tiene también un contenido personal, subjetivo, único, incomunicable. Además del pensamiento sistemático, cuyo trabajo es la objetivación de cosas y abstracciones, el filosofar entraña experiencia existencial. Con el pensar racional no sólo se aprehende el mundo, sino se logra la comunicación y la aproximación de las existencias, y hasta puede manifestarse la existencia posible. Esto último ocurre de modo indirecto, mostrando al filósofo los límites de lo cognoscible y permitiéndole cerciorarse de la entidad de su ser en cuanto es fuente de actos de discernimiento y también en cuanto es más que eso. La experiencia de la reflexión filosófica es en parte una experiencia del ser existente mismo incluso en el esfuerzo de inteligir la realidad del mundo, en cuanto el sujeto es agente de las operaciones y suyos son los datos de la conciencia. Yo soy quien piensa, quien examina la realidad externa o la interna; yo soy quien vive una y otra y quien distingue una de otra. Así, pues, de la misma manera que en psicología se perfecciona el conocimiento de la experiencia considerando un aspecto gnóstico y un aspecto pático en la percepción y un modo discursivo y un modo intuitivo en el pensamiento, en filosofía existencial la experiencia significativa es comprendida como aprehensión de los fenómenos y como iluminación de la existencia.

Pero la realidad existencial más genuina no se da en los actos de reflexión pura, sino en los de decisión frente a lo posible. Existir es ante todo ser libre, es disponer de la propia experiencia y de uno mismo. Mi libertad es mi realización que logro en actos de decisión. Soy yo mismo, soy ser intrínseco, en la medida que me determino libremente; en la medida que abro libremente mi espíritu a los valores y consigo la auténtica suscepción de los más altos y formativos de mi vida y mi espíritu. "*Ich werde, wie ich werte*" — soy y seré según co-

mo valore. Gracias al ejercicio de la libertad, mi consecuencia con lo que fui y mi intención de lo que debo ser me permiten plasmar mi presente como creación propia, sin perjuicio, por consiguiente, de que mis determinaciones pasadas sean susceptibles de adquirir nuevo sentido, en consonancia con la profundidad y plenitud de conciencia que sea capaz de alcanzar. De esta suerte el ejercicio de la libertad en cada situación no sólo puede constituir un gran riesgo, a causa de la responsabilidad que entraña la decisión para el destino personal y para el curso de los acontecimientos, sino que es fuente y origen tanto del encaminamiento hacia la vida por venir cuanto de la rehabilitación y metamorfosis de lo ya vivido.

La libertad no se ilumina por sí misma cuando delibera y decide. Su ejercicio requiere una visión de las posibilidades de la existencia y un ajuste a lo intrínseco, visión y ajuste que se los ofrece la espontaneidad rectora de la vida humana en lo infinito. Así interpretamos la fe filosófica, pues el pensamiento y la acción del hombre no sólo se rigen por los fenómenos y los móviles concretos, sino por vislumbres de un firmamento, inasequible a la representación, hacia el cual el espíritu se eleva con la misma seguridad que las plantas buscan la luz.

La conciencia y la libertad del filósofo se empeñan en operaciones que concretan posibilidades infinitas en concepciones determinadas, aunque nunca definitivas. Su filosofar es obra viva si en ella alienta el soplo de la fe, que da vuelo y unidad al esfuerzo de desentrañar el ser. La fe filosófica nos aproxima al meollo de la realidad, permitiendo que nos interroguemos acerca de la verdad de lo que es el mundo y de lo que somos nosotros: es dirección y cumplimiento de las posibilidades que por el ministerio de la imaginación surgen en el ámbito existencial del asir y que son tanto más definidas cuanto más dilectas. Asimismo, la fe filosófica nos aproxima a la existencia de los filósofos y a su verdad; nos aproxima y nos enfrenta a las existencias y a las verdades ajenas, pues no hay fe genuina y probada sin la consideración y el respeto de la fe de los otros hombres de hoy y de ayer.

Vemos así que la filosofía existencial no es obra únicamente del pensamiento. Para llegar a tener asomos afortunados de lo arcano es menester que el hombre que la cultiva posea disposiciones múltiples y desarrollo afinado de las mismas, además de la capacidad de concentrar todas sus potencias en tal quehacer: sin esto no hay iluminación ni adveración de la existencia.

### 7. *Trascendencia y cifra metafísica*

Ya sabemos que el hombre no se basta a sí mismo, que por espontáneo movimiento de su espíritu aspira por encima de sí. No sólo como ser vivo, sino como existencia, no se sustenta en sí: únicamente por virtud de la trascendencia es. Trascendencia para Jaspers es ser, "el ser que nunca se convierte en mundo, pero que en cierto modo habla por medio del ser en el mundo". Con la existencia y la trascendencia ocurre en metafísica algo semejante a lo que sucede con la conciencia y la intencionalidad en psicología. No hay efectivo ser en la inmanencia, aunque ésta constituye acicate para la trascendencia. En efecto, si el límite de lo objetivo nos conduce de rebote a la iluminación de la existencia posible, la frustración de la existencia —el no bastarse a sí misma—, a su vez, nos lleva a la trascendencia. El ser del mundo y nuestro ser íntimo nos remiten a algo que está fuera de la realidad tanto del mundo como de la nuestra. La penetración de lo finito, obrando la fe filosófica, revela indicaciones de lo infinito, testimonios de otro mundo, esto es: meta-fisis. Por eso toda gran metafísica es una lectura del texto cifrado del ser: la realidad aparece como símbolo que la existencia descifra. Así como en el conocimiento del mundo el experimento es mediador entre el sujeto y el objeto, así la cifra es mediadora entre la existencia y la trascendencia. Para el filósofo todo lo cognoscible, además de cognoscible, es expresión de entidad supracognoscible, vestigio de Dios.

Avanzando más, tenemos que el pensamiento metafísico es símbolo de la existencia, nunca construcción definitiva. Su hermenéutica no es vana y sí promisoria de avance en lo ignoto si está vivificada por la fe y auxiliada por el ojo de la imaginación existencial. Pero todo avance en este sentido es una carrera sin fin, en que la lectura de una cifra metafísica lleva a otra, pues cada una es en cierto modo un enigma después de la fugaz iluminación. Tal es la suerte de toda investigación existencial, comenzando con la orientación en el mundo, en que aborta cada intento de englobar el saber en una totalidad. Fracasa aquí la racionalidad completeriva. Fracasa también la verdad de la existencia ante las verdades de las existencias. Fracasan, en fin, el trascender formal, las opuestas referencias existenciales a la trascendencia y la lectura de la cifra de la trascendencia, fracasan ante la imposibilidad de lo que parecía poner el ser a nuestro alcance y fracasan a causa de la inestabilidad de la revelación que pareció un término feliz. Todo

fracasa en este empeño, pues no se trata de aprehender cosas tangibles, objetos permanentes.

El esfuerzo filosófico más avanzado es un alternar de cifras que suspenden al investigador y fracasos en el descifrar que lo sumen en la desesperanza, como alterna la luz del día y la tiniebla nocturna. Pero así como en la naturaleza a la alternancia nictémera se une el progreso de las estaciones, en la empresa filosófica la alternancia de cifras y fracasos se acompaña de una maduración del sentido metafísico. Y si al fin el fracaso se convierte en cifra de las cifras, cifra en la cual resuenan todas las demás, eso no significa que sea símbolo de la nada, sino de la arcanidad del ser y del ser de la arcanidad, a la vez que certificación del anhelo infinito de verdad y de la derechura invencible del hombre que no se contenta con lo absoluto a medias.



SOCIEDAD PERUANA DE FILOSOFÍA